

MEDITA CONMIGO

Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues esta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. (Gal 4:22-26)

Al abordar este tema hemos de tener muy en cuenta que Pablo se está dirigiendo a una audiencia de personas no judías, es decir, a gente identificada como gentiles; a los cuales está hablando en el contexto de un llamado de atención por desviarse de la gracia de Dios por Jesucristo al legalismo judío; para ello se vale de aludir a los orígenes del pueblo hebreo, citando obviamente al principal protagonista de la generación del llamado pueblo de Dios; su punto de partida es referir el hecho de que Abraham tuvo dos hijos, uno procurado por la voluntad humana, y otro engendrado por el designio de Dios, esto es por la promesa que le había sido hecha. Vemos como el desespero de la libre indujo al hombre a tomar un camino que propició la aparición de un pacto que sería una espina para Israel, esto es, la descendencia del hijo de la esclava (Gen 21:17-18; Gal 4:29); ahora bien, puesto que Pablo hace notar que esto es una alegoría hemos de entender que el sentido vertebral de este asunto es el espiritual, el cual debe regir y explicar los sucesos de la vida horizontal, es decir, la humana; esa espina, por el lado espiritual, está representada por la ley que le fue dada a Moisés, que es el símbolo de la extracción de la esclavitud del pueblo de Dios, la cual, aunque justa y buena, para el hombre se constituyó en generador de muerte; *¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso* (Rom 7:7-13). Así que, cualquiera que pretenda justificarse delante Dios mediante el esfuerzo de cumplir la ley está condenado al fracaso, y su estado real será el de la esclavitud por cuanto pretende sujetarse al designio de Dios mediante la carne, y no por el espíritu, que es el de la fe en la gracia venida por medio de su redentor; la cual no significa abrogación de la ley, sino poder de lo alto para cumplirla; la ley es como una poderosa espada, cuya empuñadura debe ser una con la hoja de esa espada, pero si se pretende ponerle una empuñadura de madera ya no cumplirá su objetivo, y propiciará la muerte frente al enemigo; es necesario, pues, que la ley sea cumplida con la misma naturaleza de la ley, la cual es espiritual, esta espiritualidad es la que por gracia nos fue dada en Cristo por medio de la fe, y puesto que él es el único que la ha podido cumplir, Dios nos infundió esa potencial capacidad al escondernos en su Hijo cuando creímos en él (Col 3:3); dicho de otro modo, *Al mirarme Dios, ya no ve mis justicias, sino la de Cristo que me fue dada gratuitamente, esto es su gracia*. Necesitamos la justicia de Cristo, las nuestras son sólo trapo de inmundicia delante de Dios (Is 64:6); sólo de este modo podremos caminar como libres en medio de este mundo que está sustanciado con la esclavitud de la carne, el cual nos persigue de distintos modos, cuyo peor flagelo es el del engaño, mayormente investido de religión, buscando inducirnos a poner nuestra mirada en las cosas de abajo, pretende que mantengamos más la atención en una ciudad que sólo se puede ver con los ojos de carne, y que quitemos la mirada de la Jerusalén celestial, que apreciemos más un templo hecho de manos que el construido por la mano de Dios; a esto se refiere Pablo cuando dice la: *la Jerusalén actual*; no obstante que lo escribió hace dos mil años se está refiriendo a la misma de hoy, la cual ha sido invadida por el mundo político, económico, social, y religioso; cuyo remanente parece no brillar aunque allí está, es decir, el mismo estatus que encontró Jesús cuando vino, y que le hizo derramar lágrimas de dolor por su ceguera (Lc 19:41-42). Si estuviera aquí Pablo, nos diría como lo hizo con los creyentes de su tiempo: Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col 3:2). Si caminamos por fe, entonces somos hijos de la promesa dada a Abraham (Gal 3:29); y por lo mismo, LIBRES, (Gal 5:1,13).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava